

La maldita circunstancia
Ensayos sobre literatura cubana

Damaris Puñales Alpizar

ALMENARA 

CONSEJO EDITORIAL

Luisa Campuzano	Waldo Pérez Cino
Adriana Churampi	Juan Carlos Quintero Herencia
Stephanie Decante	José Ramón Ruisánchez
Gabriel Giorgi	Julio Ramos
Gustavo Guerrero	Enrico Mario Santí
Francisco Morán	Nanne Timmer

© Damaris Puñales Alpízar, 2020

© Almenara, 2020

www.almenarapress.com

info@almenarapress.com

Leiden, The Netherlands

ISBN 978-94-92260-42-0

Imagen de cubierta: J.C. Wishaw, 1854

Wellcome images

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright reserved above, no part of this book may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise) without the written permission of both the copyright owner and the author of the book.

LA MALDITA CIRCUNSTANCIA

EL FIN DE LA EXCEPCIONALIDAD CUBANA Y UN POSIBLE FUTURO PARA LA LITERATURA

Una pregunta se repite al pensar en el futuro no muy lejano de la cultura cubana, cuando la excepcionalidad deje de ser su centro de gravitación principal; cuando aquella «maldita circunstancia del agua por todas partes» a la que se refería Piñera –pensada en términos metafóricos– haya perdido todo atractivo literario y sea solo un recuerdo cada vez más lejano y difuso en el pasado; cuando el régimen que tomó el poder a la fuerza en 1959 deje de mutar como lo ha hecho hasta ahora para sobrevivir, y Cuba sea, tal vez por primera vez en su historia, un país «normal» (y sí, ya sabemos que se podrá objetar la definición de *normalidad*). ¿Podrá la literatura cubana sobrevivir a ese vacío temático cuando deje de existir ese contrapunteo de posiciones ideológicas encontradas («dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada»)? ¿De qué hablarán los escritores cubanos del futuro cuando no puedan ser ya catalogados como disidentes o exiliados, ni tampoco defensores a ultranza de un sistema que es cada vez más la trágica caricatura de lo que un día prometió ser, justicia social e igualdad para todos?

En buena medida, la literatura cubana y, sobre todo, las operaciones extraliterarias que han pretendido –y siguen pretendiendo– darle no solo sentido sino sobre todo legitimidad a determinadas obras o autores, siguen aferradas a esa «maldita circunstancia del agua por todas partes», si entendemos tal circunstancia no solo en su sentido geográfico sino también simbólico, en referencia a la particularidad de lo cubano. Pareciera ser que para una parte de la literatura cubana sigue teniendo un peso fundamental el contexto: condicionamientos políticos –reales o no–, carencias materiales, poca accesibilidad –real

o no— a un archivo literario más global, precariedad de la conexión a internet, lo que en ocasiones va en detrimento de una literatura diversa y de calidad.

Si en un principio algunas de las razones que reforzaron este sentido de «excepcionalidad» fueron la condición de una isla socialista aderezada además con el sabor tropical del Caribe, y su cercanía a Estados Unidos, y luego, tras la desaparición de la Unión Soviética y sus aliados europeos, su conversión en parque temático del socialismo, en los últimos años las nuevas generaciones posperíodo especial no tienen ya no la mácula de un pasado burgués, como afirmaba Ernesto Guevara en «El socialismo y el hombre en Cuba», sino tampoco ningún recuerdo personal del pasado revolucionario.

La nueva generación literaria cubana habrá nacido a partir de los años noventa, por lo que sus referentes ideológicos y sociales nada tienen que ver con los de las generaciones anteriores. A partir de esa década la sociedad cubana sufre transformaciones radicales que no solo ponen en duda el proyecto de mejoramiento humano y el futuro luminoso enarbolado como bandera utópica de cohesión social por el gobierno desde su llegada al poder en 1959, sino que una nueva ideología comienza a arraigarse, de manera muchas veces brutal, tanto en la realidad diaria como en el imaginario social: la ideología de la supervivencia. Dos rasgos principales de esta ideología tienen que ver, por una parte, con la obsesión nacional por abandonar el país, de la que se ha contagiado gran parte de la población (¿qué futuro de país puede construirse en un sitio del que todos quieren irse?), y por otra, con el desencanto social, y con el fin del espíritu de sacrificio en aras de una sociedad mejor. Ambos rasgos pueden encontrarse una y otra vez en las propuestas literarias de los escritores cubanos tanto de dentro como de fuera de la isla. Desmantelado ya el proyecto ideológico nacional, la brecha social comenzó a crecer de manera nunca antes vista. Es en este escenario donde se va a formar la más reciente generación de escritores, por lo que sus experiencias no tienen que ver más que tangencialmente con la influencia

soviética y socialista en Cuba, ni con una (falsa) idea homogénea o coherente de la nación.

Al hacer un análisis de los escritores de la década anterior, la generación de los novísimos –término con el que se denomina a los autores cuya obra irrumpió a finales de los años ochenta–, Margarita Mateo Palmer afirmaba que

Hay en ellos una constatación, desde una edad muy temprana, de la distancia que existe entre la historia oficial –aquella que se divulga, por ejemplo, a través de la prensa– y la historia real que viven cotidianamente en las calles. La ruptura que estas experiencias ocasionan en el plano ético –mas no sólo en éste– contribuye a la fragmentación del sujeto [...] que en Cuba aparece íntimamente vinculada con la incorporación de diferentes formas y el uso de múltiples máscaras que se superponen en la vida cotidiana. (2010: 140-131)

Este análisis ofrecido por Mateo Palmer es útil para entender la génesis literaria de lo que será la siguiente generación de escritores postsocialistas cubanos. A diferencia de sus predecesores, la más reciente oleada intelectual no está signada por esa ruptura esencial que vivieran los novísimos, sino que ellos llegan a la vida –tanto en el plano real como en el literario– en un contexto donde son otras las coordenadas sociales e ideológicas que habrán de regir su formación.

El fin de la singularidad cubana, y la concreción de una cierta normalidad que todavía no llega (entendida aquí como el fin de lo que ha sido la realidad de la isla en las últimas seis décadas) ya comienza a tener un impacto profundo en el escenario literario; el (nuevo) contexto socioeconómico y político –si llegara– posiblemente transforme de manera visible la producción literaria cubana y propicie una nueva batalla, tanto a nivel literario como extraliterario, esta vez por el legado intelectual de la Revolución y el de sus oponentes.

En un artículo del 2010, Elzbieta Sklodowska hacía un diagnóstico de la literatura cubana que, casi una década después, sigue siendo válido:

Ante el reto de sistematizar la producción literaria de las dos últimas décadas, los críticos insisten tanto en la «excepcionalidad» de la literatura cubana como en su dimensión cosmopolita, destacando, por un lado, su realismo «extremo» y, por el otro, los sofisticados juegos de invención creadora (Jorge Fornet; Davies). (Skłodowska 2010: 108)

Por otra parte, como bien señala Skłodowska, gran parte del éxito comercial que algunos (contados) autores han logrado en el ámbito internacional se debe sustancialmente al uso y abuso de ciertos estereotipos de «cubanidad», como sugería Abilio Estévez desde 1999 en su artículo «Cuba está de moda» (Skłodowska 2010: 108). Sobre estos «estereotipos» o tropos literarios cubanos han hablado muy bien y muy extensamente diversos críticos, como Abilio Estévez en el ensayo mencionado; Rafael Rojas —«El campo roturado; políticas intelectuales de la narrativa de fin de siglo» (2002)—; Yoandy Cabrera —«Pobre animal que bojea la isla: apuntes críticos sobre poesía cubana contemporánea» (2016)—; Odette Casamayor —«Soñando, cayendo y flotando: itinerarios ontológicos a través de la narrativa cubana post-soviética» (2010); Esther Whitfield —*Cuban currency. The dollar and «special period» fiction* (2007)— o Josefina Ludmer —«Ficciones cubanas de los últimos años: el problema de la literatura política» (2004), entre otros muchos.

Esta apelación a la «excepcionalidad» de la cultura y la literatura cubanas está estrechamente ligada a la condición de «plaza sitiada» que se ha impuesto sobre el imaginario social en la isla desde 1959, y que atraviesa todas las esferas de la realidad cubana, o más bien, las maneras de pensar la realidad cubana. La noción de sitio excepcional cuyo destino histórico era, de forma orgánica, la Revolución cubana, fue impulsada por el aparato de propaganda del gobierno, que rápidamente hizo cotidianas consignas como «primer territorio libre de América»; «primera derrota del imperialismo yanqui en América Latina»; «territorio libre de analfabetismo», entre otras muchas que ponderaban el carácter diferenciado y heroico de la nación. Las

circunstancias geopolíticas internacionales que rodearon los primeros años de la Revolución también apuntalaron esta idea de rareza: la ruptura diplomática y de intercambios culturales de la mayoría de los países de América Latina –menos México– con Cuba; el embargo económico impuesto por los Estados Unidos; la expulsión de la Organización de Estados Americanos. La declaración del carácter socialista de la Revolución, por último, y los lazos que se establecieron con el bloque socialista, pero en particular con la Unión Soviética como aliada y protectora, incrementaron este sentimiento de diferencia y aislamiento del ámbito regional.

Solo desde estas premisas se pueden entender posiciones como la de Mirta Yáñez, quien al hablar de la situación en Cuba y de la literatura femenina, preconiza la singularidad de la mujer cubana con respecto a la de otras latitudes como característica casi sempiterna de la cubanidad, al margen de períodos históricos:

Las mujeres intelectuales de la época [primeras décadas del siglo xx] defendieron el ideario del feminismo, sin enajenarlos de la aspiración mayor hacia un mundo sin opresores ni oprimidos. Esta proyección abonó la reflexión y la conducta de la mujer cubana que, a diferencia de otros países, tenía una actitud más combativa y menos sumisa, a pesar de los obstáculos que le imponían los prejuicios. (1996: 20)

La opinión de Yáñez, quien no ofrece muchos más elementos para apoyar esta idea diferenciadora de la mujer cubana, contrapone unos supuestos valores superiores de esta frente a los de mujeres de otras áreas geográficas. Como bien se demuestra en este fragmento, desde la crítica literaria también se ha enarbolado una y otra vez la «excepcionalidad» como uno de los mecanismos de legitimación literaria más efectivos. No estamos negando hechos puntuales, concretos, que han incidido en el devenir histórico de la isla –los cambios sociales, económicos y culturales que produjo la llegada al poder en 1959 del grupo que lideraba Fidel Castro; la crisis de los misiles en 1962, o la

promulgación de la Ley de Ajuste Cubano que otorgaba a los cubanos ventajas migratorias en los Estados Unidos como casi a ningún otro pueblo del mundo por tanto tiempo, por solo mencionar tres—. No pretendemos hacer el recuento de eventos harto conocidos que no vale la pena repetir aquí, sino que nos interesa, sobre todo, jugar a imaginar el futuro, cuando esas condiciones sean diferentes y no sirvan ya de fuente para la producción cultural, y mucho menos para la legitimación de ciertos autores y obras en detrimento o menoscabo de otros.

Sin embargo, antes de llegar a ese estadio de maduración intelectual de lo que será la primera generación de escritores nacidos en una Cuba postsocialista —asumida como aquella en la que el campo socialista mundial no existe, y la ideología socialista ha sido reemplazada por la de la supervivencia—, la producción literaria enfrenta un reto mayor, que pareciera ser incluso más difícil de superar: la carencia de un sistema literario adecuado, que en el momento presente falla desde el primer eslabón, el de la edición e impresión, y no tanto por el volumen de títulos publicados¹ como por la poca calidad del producto final. Con más frecuencia de la deseada se puede constatar

¹ Después del gran bache que significó el período especial para la publicación literaria en la isla, en los últimos años la labor de imprenta se ha recuperado sustancialmente, aunque nunca logrará llegar a aquellos tiempos felices de tiradas de miles y miles de ejemplares —la mayoría de los cuales, sospechamos, no eran leídos. En el año 2007, un equipo de investigadores del entonces Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, en coordinación con el Instituto Cubano del Libro (ICL), realizó un estudio sobre los hábitos de consumo del libro y la literatura en públicos habaneros. Se aplicaron 2 167 encuestas en las instalaciones de la fortaleza La Cabaña del 9 al 18 de febrero de 2007, mientras transcurría la Feria Internacional del Libro de La Habana (Laguardía Martínez *et al.* 2008: en línea). El 77.3% de los encuestados dijo no tener tiempo para leer, mientras que el 29.1% declaró haber leído ocho libros o más en los seis meses anteriores; el 18,2%, entre cinco y ocho libros; el 34.7%, entre dos y cinco libros; y un 18.5% declaró haber leído menos de dos o ninguno. Estas cifras corresponden al total de libros leídos, incluidos aquellos correspondientes a estudio o trabajo.

que una parte alarmante de los libros publicados hoy en Cuba está llena de erratas y pifias, lo que en muchos casos entorpece y dificulta la lectura. El descuido editorial se ha ido convirtiendo en santo y seña de muchas casas editoras, tanto de las que operan a nivel nacional como territorial en las diferentes provincias. La caída generalizada en los estándares de la educación² ha tenido consecuencias que todavía no somos capaces de calibrar, pero una de las primeras es visible: una endeble cultura editorial que no facilita la relación orgánica que debería existir entre autor y editor para que el resultado sea un libro de calidad.

Jacqueline Laguardia Martínez ofrece algunas explicaciones plausibles para entender uno de los orígenes de este problema:

Resulta difícil estimar la cantidad de editores en Cuba. Más allá de las cifras relativas a las plazas cubiertas existen individuos que, con mayor o menor especialización, experticia o sistematicidad, ejercen la profesión; algo similar ocurre con los ilustradores, diseñadores de cubierta, correctores y traductores. Lo cierto es que tales oficios demandan más de la práctica continua que de la clásica formación en las aulas universitarias. Lo anterior no desdeña la necesidad de contar con estudios superiores –especialmente, de posgrado– para la formación profesional del conjunto de los actores del libro. Con la excepción de una experiencia singular en la Universidad de las Villas, donde funciona una Maestría en Edición, no existen en el país estudios superiores para la formación de profesionales en el sector editorial. (2013: 32-33)

² Desde la fatídica década de los noventa, la educación cubana ha venido experimentando un deterioro al parecer irreversible. En los peores años de la crisis, muchos profesores universitarios y preuniversitarios tuvieron que abandonar las aulas en busca de oficios mejor remunerados: jardineros en algún hotel, botones en ascensores de algún destino turístico, carpenteros, meseros. En fechas más recientes, cuando se aprobó ese engendro raro llamado «cuentapropismo», muchos otros más se han inclinado por trabajar en la escuálida iniciativa privada cubana en lugar de educar a las nuevas generaciones.

Es precisamente esta combinación de factores –la falta de profesionalización de editores a la que se refiere Laguardia Martínez, la carencia de incentivos económicos suficientemente atractivos, y un sistema educativo de peor calidad cada día– lo que atenta contra el resultado final del libro cubano que llega a manos de los lectores. Estos serán algunos de los retos que habrán de enfrentar las siguientes generaciones de escritores y editores.

DEL FRACASO DE LA CONSTRUCCIÓN DE UNA NACIÓN CUBANA

Quizás el fracaso más grande de la Revolución cubana fue su imposibilidad de construir una nación «con todos y para el bien de todos», como diría José Martí. Dispersa, herida, resentida, a sesenta años de la llegada al poder de Fidel Castro y los barbudos de la Sierra Maestra, la patria se ha atomizado y se encuentra en los más diversos rincones de la geografía mundial. Como bien señala Yoandy Cabrera, «el proyecto revolucionario se ha vuelto dispersión, éxodo y abandono [...] La única patria posible para los cubanos está en la palabra, en el lenguaje como habitáculo y campo de batalla» (2016b: en línea).

No obstante, como apunta Sklodowska, «la problemática de sus obras [de los autores cubanos, incluidos aquellos que no viven en la isla] sigue siendo “cubanocéntrica”, a contrapelo de la desterritorialización y los anuncios sobre el “fin de la geografía” (O’Brian; Virilio)» (2010: 106). Aunque la (innegable) globalización y la puesta en juego, también en Cuba, de la era digital en que vivimos dejan su huella indeleble en el quehacer literario –sobre todo de las más jóvenes generaciones: constantes referencias a la red, a las nuevas tecnologías y formas de comunicación, el uso de tales formas para poner en circulación las obras, títulos en inglés, etcétera–, todavía la marca Cuba pareciera ser la seña de identidad más común encontrada en la producción literaria; no la única, ciertamente, y con diferencias visibles con respecto a la literatura del cambio de siglo. En este sentido, al revisar la escritura de varios autores jóvenes, nacidos casi

todos a partir de la década del ochenta³, Rafael Rojas apunta que «Habría aquí un *ethos* de la lectura que no respeta guerras o cismas heredados, que lee escritores de la República y de la Revolución, de la isla y del exilio, sin pagar multas de aduana» (2018: 147). Si bien es cierto, como añade Rojas, que

Se trata [...] de un *ethos* como «extradición», es decir, de un archivo que, a fuerza de mitificarse y apuntalarse como un emblema de la identidad nacional, ahora es asumido más como punto de partida que como destino de llegada. La extradición supone otra manera de exilio, en tiempos de grandes dislocaciones y desplazamientos, una práctica migratoria sin las presiones acreedoras de un panteón literario construido por el Estado. La relectura de clásicos de los dos últimos siglos, en la literatura del siglo XXI, comienza a perfilarse como un nuevo ritual de traducción y apropiación en la cultura cubana. Desde el fondo del pasado, proceden esas voces que se afirman como presencias en el texto, y que son traducidas a la lengua de los vivos por las poéticas de las nuevas generaciones, (2018: 148)

también lo es el hecho de que es una literatura que sigue siendo «cubanocéntrica», que trabaja sus temas, en muchas ocasiones, a partir de esa condición de excepcionalidad a la que nos hemos referido antes.

No hay que olvidar, además, dos factores que han contribuido, desde diferentes perspectivas y con resultados no siempre iguales, al carácter excepcional de lo cubano: nos referimos, por una parte, como hemos mencionado antes, a las políticas migratorias establecidas por los Estados Unidos respecto a Cuba, casi desde el momento de la toma del poder por Fidel Castro y su grupo en 1959. Este es un tema que, aunque ampliamente estudiado y discutido, amerita muchos otros

³ Ahmel Echeverría Peré, Legna Rodríguez Iglesias, Jamila Medina Ríos, Jorge Enrique Lage, Raúl Flores Iriarte, Carlos Manuel Álvarez, Yenys Laura Prieto Velasco, Osdany Morales, Óscar Cruz, Marcelo Morales, Javier L. Mora.

análisis para poder establecer un diagnóstico más comprehensivo del impacto que tales políticas han tenido tanto para el imaginario social en Cuba como para la producción cultural, y con relación a los lazos y rupturas establecidos a ambos lados del estrecho de la Florida. Desde la Operación Peter Pan (1960-1962) hasta la aprobación de la Ley de Ajuste Cubano en 1966, y luego la regulación conocida como «pies secos, pies mojados» (en vigor desde 1995 y hasta el 12 de enero de 2017), los cubanos han tenido un estatus migratorio especial del que no goza casi ninguna otra ciudadanía en los Estados Unidos.

Por otra parte, no hay que perder de vista tampoco el proceso de soviétización vivido por la sociedad cubana –una isla socialista en medio del Caribe– entre 1960 y 1990, que alejó parcialmente a la isla de sus interlocutores geográficos y culturales naturales durante treinta años. Como hemos analizado en otros estudios (Puñales Alpízar 2012), Cuba no solo siguió las pautas de la planificación socialista de la economía, sino que se volvió aliada y dependiente del apoyo financiero, tecnológico, científico y cultural de la Unión Soviética en particular, y del campo socialista en general. A diferencia del resto de las naciones caribeñas y latinoamericanas, tanto a nivel macropolítico como social Cuba se convirtió en una nación «rusofilica», donde la enseñanza del idioma ruso, el consumo de productos provenientes del bloque socialista y la exposición sin precedente a un capital simbólico y real de origen soviético favoreció la creación de una comunidad sentimental soviético-cubana, marcada por sus conexiones afectivas y educativas con el bloque socialista.

Esta relación binaria de amor-odio de la isla, tanto con los Estados Unidos como con la Unión Soviética, creó una subjetividad social específica, signada por su diferenciación del resto de América Latina.

Uno de los problemas principales que ha enfrentado muchas veces la crítica literaria con respecto a Cuba y su realidad económica, social, literaria o cualquier otra, es precisamente el uso de un lenguaje binario y maniqueo que pondera una visión por encima de la otra. Pero la producción cultural, y la literaria en particular, es mucho

más rica y diversa, y ofrece numerosos ejemplos para vislumbrar las complejidades estéticas originadas bajo condiciones socialistas y postsocialistas en la isla.

El posible fin de «la maldita circunstancia de la excepcionalidad cubana» –que más temprano que tarde ha de llegar– pone en incógnita el futuro de la literatura cubana. Sin embargo, hay razones (nombres, obras) que nos devuelven la esperanza. Una reciente generación de escritores cubanos, radicados en Cuba o desperdigados por el mundo, ofrecen nuevas pistas sobre los posibles caminos de la literatura del país. Yonnier Torres Rodríguez –de quien analizamos una novela en este libro–; Jamila Medina Ríos, poeta, narradora, ensayista; Legna Rodríguez, poeta y narradora; Junior Fernández Guerra, poeta, narrador, decimista; Leymen Pérez García, poeta y editor; Luis Yuseff, poeta y también editor; Sergio García Zamora, poeta y editor; Zulema Gutiérrez Lozano, poeta y dramaturga, por solo nombrar a ocho, dan fe no solo de las posibilidades de supervivencia de la producción literaria cubana, sino sobre todo de su diversidad, tanto a nivel temático como formal, pero sobre todo, geográfico: no se trata de autores concentrados en La Habana, sino en varias provincias, en varios países. Esto, sin embargo, no significa que no hayan de surgir nuevos campos de enfrentamiento para la legitimación de la literatura cubana.

Estos autores, y los que sigan apareciendo, deberán desarrollar su obra en un contexto internacional donde Cuba ya no estará de moda, el tema cubano no será una curiosidad específica, y los escritores habrán dejado de ser cronistas de la isla. De su capacidad creativa dependerá, al menos parcialmente, la concreción de un futuro literario para Cuba que logre romper, de una buena vez, con las exigencias extraliterarias que han condicionado durante décadas no solo la autenticación de lo que se considera la literatura cubana, sino también gran parte de su contenido temático. Si hasta ahora la literatura ha sido en gran medida un medio binario de operaciones no literarias –«dentro vs. fuera / a favor vs. en contra» (Ramos 2009:

66)– y ha existido en la isla una superposición entre la autoridad política y la autoridad literaria, es válido predecir que un futuro cambio en la «reestructuración del tejido de la comunicación social» (Ramos 2009: 136) provocará también importantes transformaciones en la relación entre la literatura y el poder político.

Los dos ejes en los que se basan estas reflexiones preliminares, el posible fin de la excepcionalidad cubana y el fin de la dicotomía «dentro/fuera; a favor/en contra», no son necesariamente dependientes el uno del otro. Aunque es cierto que el binarismo hasta hoy prevalente para juzgar la literatura cubana forma parte de esa condición singular del devenir literario e histórico de Cuba, se puede especular –teniendo en cuenta experiencias similares vividas en los regímenes posdictatoriales en el cono sur, y postsocialistas en Europa del Este– que el fin de uno no siempre implica el del otro. Si mañana amaneciéramos con la noticia de que el sistema sociopolítico de los últimos sesenta años ha dejado de existir en la isla, y se normalizaran las relaciones con Estados Unidos, Cuba podría perder en gran medida su peculiaridad en el contexto regional. Sin embargo, en este ejercicio especulativo podríamos aventurarnos a decir que una nueva contienda podría desatarse por la aprehensión y herencia de los legados binarios que han prevalecido y dividido a la literatura cubana en las últimas seis décadas, una disputa por el campo simbólico que amenaza con trazar líneas paralelas (y paralelas y antagónicas) que serán la mímica post/des/hiper ideologizada que ha dominado los acercamientos a la cultura cubana en los últimos sesenta años, y por la legitimación de una literatura cubana cuyo futuro es, de momento, una incógnita, pero también una esperanza.